

dice, fué de nación, pero después, como no ejercitaran los almugávares otra arte ni oficio, vinieron ellos á dar nombre á todos los que servían en aquel modo de milicia, así como muchas artes y ciencias tomaron el nombre de sus inventores. Pero dudo mucho que hubiese quien se agregase á los almugávares, milicia de tanta fatiga y peligro, sin ser de su nación <sup>1</sup>, porque la inclinación natural les hacía seguir la profesión de los padres; ni hay hombre que, pudiendo escoger, siguiese milicia que desde la primera edad se ocupase con tanto riesgo de la vida, descomodidad y continuo trabajo. Nicéforo Gregoras <sup>2</sup> dice que almugávar es nombre que dan á toda su infantería los latinos (así llaman los griegos á todas las naciones que tienen á su poniente); pero no hay para qué contradecir con razones falsedad tan manifiesta, y más contra un autor tan poco advertido en nuestras cosas como Nicéforo.

<sup>1</sup> Este razonamiento contradicelo Desclot, cap. 79, quien afirma que los almugávares eran de varias naciones, á pesar de que en su tiempo vivían únicamente de entradas y robos en tierra de sarracenos: «*e son Catalans e Aragonesos e Serrayns.*»

<sup>2</sup> Autor de una Historia Bizantina.

## D. FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

(1580-1645)

Su *Política de Dios* fué publicada en 1626; en igual año la *Vida del Buscón*; los dos *Sueños* titulados: las *Zahurdas de Plutón* y la *Visita de los Chistes* en 1627, y el *Marco Bruto* en 1644.

El siglo xvi había adornado el lenguaje con el período amplio y la frase fluida y encadenada. Fray Luis de Granada y Fray Luis de León habían adiestrado en su uso la prosa doctrinal; Cervantes la prosa narrativa. Sólo en los historiadores (sobre todo en Mendoza, bastante menos en Mariana) se advertía la opuesta tendencia, á la frase cortada y breve. Esta manera especial de los historiadores obedecía, según se ha dicho, á la imitación de Salustio y Tácito, y como en el siglo xvii abundan, al par de los historiadores, los escritores moralistas, que se inspiraban habitualmente en las obras de Séneca el filósofo, cuajadas de sentencias, antítesis y simetrías, de ahí que, contrastando con el lenguaje del siglo xvi, predomine en el del xvii la frase elíptica. Era esta la forma apropiada para el estilo *conceptuoso* que entonces predominó entre los prosistas (contrario al que dominó en los poetas, el *culterano*); la cláusula corta se prestaba muy especialmente para exponer los *conceptos*, que así llamaban á la comparación primorosa de dos ideas que mutuamente se esclarecen, y en general todo pensamiento agudo enunciado de una manera rápida y picante. Lo que principalmente buscaba el

conceptista al escribir, era hacer gala de agudeza é ingenio, por eso muestra gusto especial por las metáforas forzadas, asociaciones anormales de ideas, transiciones bruscas, y gusto por los contrastes violentos en que se funda todo humorismo, que humoristas son los grandes escritores de este siglo, Quevedo y Gracián. En estos autores geniales el conceptismo aparece lleno de profundidad, la frase encierra más ideas que palabras (al revés del culteranismo que prodiga más las palabras que las ideas), pero en los autores de orden inferior de este siglo la agudeza suele estribar únicamente en lo rebuscado del pensamiento, en equívocos triviales y en estrambóticas comparaciones. El siglo xvi fué el de esplendor de la prosa castellana, el xvii es ya de decadencia; y uno de los síntomas de ésta es precisamente el buscar como principal sazón de la obra literaria el artificio y la agudeza.

Quevedo es el representante más notable del estilo propio de los autores del siglo xvii y el maestro de casi todos ellos. Es un genio, aunque un genio de la decadencia; modelo en la expresión siempre penetrante y enérgica, en el lenguaje satírico lleno de ironía y escarnio, en el chiste pronto y centellante, en los abultados rasgos con que esboza los tipos caricaturescos de sus obras festivas y las tétricas fantasías burlescas de sus *Sueños*. El defecto que á veces echa á perder el estilo de Quevedo es la exageración del ingenio, la originalidad extravagante, la oscuridad del concepto; como dice Fernández Guerra: «hacen sudar sus genialidades y agudezas; y sobre todo su lenguaje es tan idiótico y exquisito, que pone á prueba, para solo entenderlo á veces, á los talentos más ejercitados en el estudio de nuestro riquísimo idioma.»

En su lenguaje se mezclan el artificio literario con la castiza llaneza popular; su vocabulario al par

que abunda en términos técnicos y pedantescos es de los más ricos en toda clase de términos vulgares, sin que retroceda ante lo más grosero y soez, ofreciéndonos así mezcladas las reminiscencias de la poderosa cultura del autor con la vena genial de su inspiración picaresca.

En el manejo de los caudales de la lengua muestra Quevedo soltura y desenfado tan magistral, que halla siempre en ella instrumento dócil á sus más sutiles y extrañas ocurrencias; se doblegan á los caprichos de su imaginación lo mismo la sintaxis que la significación de las voces, á las que frecuentemente da un valor convencional y de ocasión, ó las leyes de composición de las palabras, pues las forja nuevas siempre que las echa de menos para lograr un efecto cómico, creando así un diccionario burlesco suyo propio, lleno de voces tales como *titulecer*, remedo de amanecer, *disparatario*, por vocabulario de disparates, *pretenuela*, cuando no le parece propio usar «pretendiente» y otros innumerables, algunos de los cuales forman parte de nuestro lenguaje ordinario. La invención de Quevedo en el vocabulario de burlas la continúan otros autores de este siglo, Gracián por ejemplo, en el vocabulario de las ideas abstractas; y de esta labor de enriquecimiento y neologismo proviene la mayor parte del caudal de la lengua moderna que hoy hablamos. La riqueza heredada, que el lenguaje del siglo xvi ostentaba como único tesoro, parecía ya escasa.

## POLÍTICA DE DIOS Y GOBIERNO DE CRISTO

En esta obra dirige Quevedo á Felipe IV reglas de buen gobierno fundadas en los textos de la Biblia. Aquí, comentando á San Lucas, VII y San Mateo, XI, da las señas ciertas del verdadero rey.

Envió San Juan sus mensajeros á Cristo, que le preguntasen si era el que había de venir, el que esperaban, el Mesías prometido, el rey Dios y hombre. Bien sabía San Juan que era Jesús el prometido, y que no había que esperar á otro: no aguardó á nacer para declararlo <sup>1</sup>. ¿Por qué, pues, manda á sus discípulos el Precursor santísimo que de su parte le pregunten á Cristo lo que él sabía? La materia fué la más grave que dispuso el Padre eterno, y que obró el Espíritu Santo, y que ejecutó el amor del Hijo: tratabase de dar á entender al mundo con demostración que Jesús era hombre y Dios, el rey ungido que prometieron los Profetas; quiso <sup>2</sup> que su pregunta enseñase con la respuesta de Cristo lo que no podía tener igual autoridad en sus palabras. Literalmente lo probaré con el texto sagrado.

Preguntaron á Jesús si era el prometido, el que había de venir; y Cristo respondió con obras sin palabras; pues luego resucitó muertos, dió vista á ciegos, pies á tullidos, habla á los mudos, salud á los enfermos,

<sup>1</sup> Alusión al pasaje de San Lucas, I, 41. «et factum est, ut audivit salutationem Mariæ Elisabeth, exultavit infans in utero ejus.»

<sup>2</sup> La omisión de las conjunciones convenientes da alguna oscuridad al razonamiento seguido en este punto.

libertad á los poseídos del demonio; y después dijo: «id, y direis á Juan que los muertos resucitan, los ciegos ven, los mudos hablan, los tullidos andan, los enfermos guarecen.» Quien á todos da y á nadie quita; quien á todos da lo que les falta; quien á todos da lo que han menester y desean, ese Rey es, ese es el Prometido, es el que se espera, y con él no hay más que esperar. Pobladas están de coronas y cetros estas acciones. No dijo: «Yo soy rey»; sino mostróse rey. No dijo: «Yo soy el Prometido»; sino cumplió lo prometido. No dijo: «No hay que esperar á otro»; sino obró de suerte, que no dejó que esperar de otro.

Sacra, Católica, Real Majestad <sup>1</sup>, bien puede alguno mostrar encendido su cabello en corona ardiente en diamantes, y mostrar inflamada su persona con vestidura, no sólo teñida, sino embriagada con repetidos hervores de la púrpura; y ostentar soberbio el cetro con el peso del oro, y dificultarse á la vista remontado en trono desvanecido <sup>2</sup>, y atemorizar su habitación con las amenazas bien armadas de su guarda <sup>3</sup>: llamarse rey, y firmarse rey; mas serlo y merecer serlo, si no imita á Cristo en dar á todos lo que les falta, no es posible, Señor. Lo contrario más es ofender que reinar.

Quien os dijere que vos no podeis hacer estos milagros, dar vista y pies, y vida, y salud, y resurrección

<sup>1</sup> Este era el largo título oficial aplicado á los reyes en tiempo de Quevedo.  
<sup>2</sup> «Desvanecido, el flaco de cabeza, ó el necio, loco presumido, ó que da crédito á las lisonjas.» (Covarrubias.)

<sup>3</sup> «La guarda del Rey ó del Príncipe, los que ciñen su persona cuando sale en público y en su palacio están en la antecámara.» (Covarrubias) Esta acepción no la da el Diccionario de la Academia á *Guarda*, sino sólo á *Guardia*.

ción y libertad de opresión de malos espíritus, ese o quiere ciego, y tullido, y muerto, y enfermo, y poseído de su mal espíritu. Verdad es que no podeis, Señor, obrar aquellos milagros; mas también lo es que podeis imitar sus efectos. Obligado estais á la imitación de Cristo. Si os descubris donde os vea el que <sup>1</sup> no dejan que pueda veros, ¿no le dais vista? Si dais entrada al que necesitando de ella se la negaban, ¿no le dais pies y pasos? Si oyendo á los vasallos, á quien <sup>2</sup> tenía oprimido el mal espíritu de los codiciosos, los remediais, ¿no les dais libertad de tan mal demonio? Si oís al que la venganza y el odio tiene condenado al cuchillo ó al cordel, y le haceis justicia, ¿no resucitais un muerto? Si os mostrais padre de los huérfanos y de las viudas, que son mudos, y para quien todos son mudos, ¿no les dais voz y palabras? Si socorriendo los <sup>3</sup> pobres, y disponiendo la abundancia con la blandura del gobierno, estorbais la hambre y la peste, y en una y otra todas las enfermedades, ¿no sanais los enfermos? Pues ¿cómo, Señor, estos malsines de la doctrina de Cristo os desacreditarán los milagros de esta imitación, que sola os puede hacer rey verdaderamente, y pasar la majestad de los cortos límites del nombre? Por esto, soberano Señor, dijo Cristo: « Mayor testimonio tengo que

<sup>1</sup> Aquí *el que* hace el doble oficio de sujeto de *vea* y de complemento de *dejan*, en vez de separar ambos poniendo *aquel* como sujeto y *á quien* como complemento.

<sup>2</sup> El plural *quienes* era muy poco usado, aunque no faltan ejemplos desde la primera mitad del siglo XVI (v. CUERVO, *Notas á Bello*, pág. 54.)

<sup>3</sup> Véase atrás, pág. 106, n. 2.

Juan Bautista, porque las obras que hago dan testimonio de mí.» Y reconociendo esto San Juan, no dijo lo que sabía, sino mandó á sus discípulos le preguntasen quién era, para que respondiendo sus obras, viese el mundo mayor testimonio que el suyo.

Pues si no puede ser buen rey, imitador del verdadero Rey de los reyes, el que no diere á los suyos salud, vida, ojos, lengua, pies y libertad, ¿qué será el que les quite todo ésto? Será, sin duda, mal espíritu, enfermedad, ceguera y muerte. Considere Vuestra Majestad si los que os apartan de hacer estos milagros quieren ellos solos veros y que los veais; acompañaros siempre; que no habéis con otros, y que otros no os hablen; que no obreis salud y vida y libertad, sino con ellos; y sin otra advertencia conocereis que os ciegan, y os enferman, y os tullen, y os enmudecen; y os hallareis obseso de malos espíritus vos, cuyo oficio es obrar en todos los vuestros lo contrario.

¡Insensatos electores de imperios son los nueve meses! Quien debe la majestad á las anticipaciones del parto y á la primera impaciencia del vientre, mucho hace si se acuerda, para vivir como rey, de que nació como hombre. Pocos tienen por grandeza ser reyes por el grito de la comadre; pocos, aun siendo tiranos, se atribuyen á la naturaleza: todos lo hacen deuda á sus méritos. Dichoso es quien nace para ser rey, si reinando merece serlo; y no se merece sino con la imitación de las obras con que Cristo respondió que era rey. El angélico Doctor Santo

Tomás, en el opúsculo *De la enseñanza del príncipe*, dice que si los monarcas, que están en la mayor altura y encima de todos, no son como el fieltro, que defiende de las inclemencias del tiempo al que le lleva encima, son como las inclemencias, diluvios y piedra sobre las espigas que cogen debajo. Lleva el vasallo el peso del rey á costas como las armas, para que le defienda, no para que le hunda. Justo es que recompense, defendiendo, el ser llevado y el ser carga.

### VIDA DE MARCO BRUTO

Haciendo amplios comentarios al texto de la Vida de Bruto escrita por Plutarco, supone que el matador de César pronuncia ante el pueblo esta oración:

«Ciudadanos de Roma: las guerras civiles, de compañeros de Julio César os hicieron vasallos; y esta mano, de vasallos os vuelve á compañeros. La libertad que os dió mi antecesor Junio Bruto contra Tarquino, os da Marco Bruto contra Julio César. De este beneficio no aguardo vuestro agradecimiento, sino vuestra aprobación. Yo nunca fui enemigo de César, sino de sus designios; antes tan favorecido<sup>1</sup>, que en haberle muerto fuera el peor de los ingratos, si no hubiera sido el mejor de los leales. No han sido sabidoras de mi intención la envidia ni la venganza.

<sup>1</sup> El sobreentenderse una vez «fui enemigo de sus designios» y otra «fui tan favorecido» quita claridad á estas elipsis.

Confieso que César, por su valentía y por su sangre, y su eminencia en la arte militar y en las letras, mereció que le diese vuestra liberalidad los mayores puestos; mas también afirmo que mereció la muerte, porque quiso antes tomároslos con el poder de darlos, que merecerlos: por esto no lo he muerto sin lágrimas. Yo lloré lo que él mató en sí, que fué la lealtad á vosotros, la obediencia á los Padres; no lloré su vida, porque supe llorar su alma. Pompeyo dió la muerte á mi padre; y aborreciéndole<sup>1</sup> como á homicida suyo, luego que contra Julio en defensa de vosotros tomó las armas, le perdoné el agravio, seguí sus órdenes, milité en sus ejércitos, y en Farsalia me perdí con él<sup>2</sup>. Llamóme con suma benignidad César, prefiriéndome en las honras y beneficios á todos. He querido traer estos dos sucesos á la memoria, para que veais que ni en Pompeyo me apartó de vuestro servicio mi agravio, ni en César me granjearon contra vosotros las caricias y favores. Murió Pompeyo por vuestra desdicha: vivió César por vuestra ruina: matéle yo por vuestra libertad. Si esto juzgais por delito<sup>3</sup>, con vanidad le confieso; si por beneficio, con humildad os le propongo. No temo el morir por mi patria; que primero decreté mi muerte que la de César. Juntos estais, y yo en vuestro poder: quien se juzgare indigno de la libertad que le doy, arrójeme

<sup>1</sup> El sujeto de esta cláusula absoluta debiera de ir expreso, pues no se adivina hasta que, pasada la oración temporal: *luego que tomó las armas*, se llega al verbo principal *le perdoné*.

<sup>2</sup> Confirmación á lo dicho en la nota 3 de la pág. 32.

<sup>3</sup> Compárese lo dicho en la pág. 109, n. 2, respecto al verbo *declarar*.

su puñal; que á mí me será doblada gloria morir por haber muerto al tirano. Y si os provocan á compasión las heridas de César, recorred todas vuestras parentelas, y vereis como por él habeis degollado vuestros linajes, y los padres con la sangre de los hijos, y los hijos con la de sus padres habeis <sup>1</sup> manchado las campañas y calentado los puñales. Ésto, que no pude estorbar y procuré defender <sup>2</sup>, he castigado. Si me haceis cargo de la vida de un hombre, yo os le hago de la muerte de un tirano. Ciudadanos: si merezco pena, no me la perdoneis; si premio, yo os le perdono.»

### LAS ZAHURDAS DE PLUTÓN

El autor finge en este *Sueño* que, dejando el camino desagradable y solitario de la virtud, se pasa á otro atestado de gente de todas condiciones que por él corría; encarece el humor agradable y entretenido de estos pasajeros y pondera su contento de ir en compañía tan reverenda y honrada.

Mas duróme poco, porque oí decir á mis espaldas: «¡dejen pasar los boticarios!» <sup>3</sup> — ¡Boticarios pasan? dije yo entre mí; al infierno vamos. Y fué así, porque al punto nos hallamos dentro por una puerta como <sup>4</sup>

<sup>1</sup> El sujeto *padres é hijos* refiérese á aquellos á quienes habla Bruto.

<sup>2</sup> En el sentido de vedar, impedir.

<sup>3</sup> Véase otra vez la nota 2 de la pág. 106.

<sup>4</sup> Véase pág. 77, nota 1.

de ratonera, fácil de entrar <sup>1</sup> é imposible de salir por ella.

Y fué de ver que nadie en todo el camino dijo: «al infierno vamos;» y todos estando en él, dijeron muy espantados: «¡en el infierno estamos!» — «¿En el infierno? dije yo muy afligido; ¡no puede ser!» Quisélo poner á pleito; comencéme á lamentar de las cosas que dejaba en el mundo; los parientes, los amigos, los conocidos, las damas; y estando llorando ésto, volví la cara hacia el mundo, y ví venir por el mismo camino, despeñándose á todo correr, cuanto <sup>2</sup> había conocido allá, poco menos. Consoléme algo en ver ésto, y que según se daban prisa á llegar al infierno, estarían conmigo presto.

Comenzóme á hacer áspera la morada y desapacibles los zaguanes. Fui entrando poco á poco entre unos sastres que se me llegaron, que iban medrosos de los diablos. En la primera entrada hallamos siete demonios escribiendo los que íbamos entrando. Preguntáronme mi nombre; dijele y pasé. Llegaron á

<sup>1</sup> Hay mezcla de dos construcciones; en una, *fácil* es calificativo de *puerta* y rige al infinitivo *entrar* (tomado en sentido pasivo) mediante la preposición *de*: *puerta fácil de entrar*, como se dice «fácil de entender» por «fácil de entenderse» ó «de ser entendido», expresión que en latín se haría por gerundio, «facilis ad intelligendum.» En la otra construcción, *fácil* está en sentido neutro, como predicado del verbo tácito cuyo sujeto es *entrar*: *puerta que era fácil entrar por ella*. Tenemos, pues, la suma «*puerta fácil de entrar*» + «*puerta por la que era fácil entrar*.» = «*puerta fácil de entrar por ella*.» La construcción se complica luego por el hecho de que el intransitivo *salir* no puede tomarse, como *entrar*, en sentido pasivo. Como si dijéramos: «cosa buena de tratar» + «cosa acerca de la que es bueno tratar» = «cosa buena de tratar pero delicada de insistir sobre ella.»

<sup>2</sup> Envuelve su antecedente *tanto ó todo*, y va en neutro denotando la colectividad.

mis compañeros, y dijeron que eran remendones, y dijo uno de los diablos: «deben entender los remendones en el mundo que no se hizo el infierno sino para ellos, según se vienen por acá.» Preguntó otro diablo cuántos eran; respondieron que ciento, y replicó un verdugo mal barbado entrecano: «¡Ciento! ¿y sastres? no pueden ser tan pocos; la menor partida que hemos recibido ha sido de mil y ochocientos. En verdad que estamos por no recibirles.» Afligiéronse ellos; mas al fin entraron. Ved cuáles son los malos, que es para ellos amenaza el no dejarlos entrar en el infierno. Entró el primero <sup>1</sup> un negro, chiquito, rubio, de mal pelo; dió un salto en viéndose allá, y dijo: «Ahora acá estamos todos.» Salió de un lugar, donde estaba aposentado, un diablo de marca mayor <sup>2</sup>, corcovado y cojo; y arrojándolos en una hondura muy grande, dijo: «allá va leña.» Por curiosidad me llegué á él y le pregunté de qué estaba corcovado y cojo, y me dijo (que era diablo de pocas palabras): «yo era recuero de remendones, iba por ellos al mundo, y de traerlos á cuestras me hice corcovado y cojo; he dado en la cuenta, y halló que se vienen ellos mucho más apriesa que yo los puedo traer.» En esto hizo otro vómito dellos el mundo, y hube de entrar-me porque no había donde estar ya allí, y el monstruo infernal empezó á traspalar, y diz que es la

<sup>1</sup> Adjetivo con sentido de adverbio, como en latín *primus, a, um*, por el adverbio *primum*. Véase atrás pág. 96, nota 2.

<sup>2</sup> *Marca* es la medida cierta del tamaño ordinario que debe tener una cosa; «espadas de la marca,» «paños de marca»; hablando del papel se dice: «de marca menor» «de marca mayor» designando ésta el que es de mayor tamaño que el otro, para estampar mapas, láminas y libros grandes.

mejor leña que se quema en el infierno, remendones de todo oficio, gente que solo tiene bueno ser enemiga de novedades.

Pasé adelante por un pasadizo muy oscuro, cuando por mi nombre me llamaron. Volví á la voz los ojos, casi tan medrosa como ellos, y hablóme un hombre, que por las tinieblas no pude divisar más de lo que la llama que le atormentaba me permitía. «¿No me conoce? me dijo; á.....» (ya lo iba á decir) y prosiguió tras su nombre..... ¿el librero? «Pues yo soy. ¡Quién tal pensara!» Y es verdad, Dios, que yo siempre lo sospeché, porque era su tienda el burdel de los libros. «¿Qué quiere? me dijo viéndome suspenso.....; pues es tanta mi desgracia que todos se condenan por las malas obras que han hecho, y yo y algunos libreros nos condenamos por las obras malas que hacen los otros, y por lo <sup>1</sup> que hicimos barato de los libros en romance y traducidos del latín, sabiendo ya con ellos los tontos lo que encarecían en otros tiempos los sabios; que ya hasta el lacayo latiniza, y hallarán á Horacio en castellano en la caballeriza.» Más iba á decir, sino que un demonio le comenzó á atormentar con humazos de hojas de sus libros, y otro á leerle algunos dellos. Yo, que ví que ya no hablaba, fuíme adelante, diciendo entre mí: hay quien se condena por obras malas ajenas, ¿qué harán los que las hicieron propias?

En esto iba, cuando en una gran zahurda andaban mucho número de ánimas gimiendo, y muchos

<sup>1</sup> Lo que equivale á lo mucho que, el grado en que. (BELLO Gr. § 976).

diablos con látigos y zurriagas azotándolos <sup>1</sup>. Pregunté qué gente eran, y dijeron que no eran sino cocheros; y dijo un diablo lleno de cazcarrias, romo y calvo, que quisiera más (á manera de decir) lidiar con lacayos; porque había cochero de aquellos que pedía aun dineros por ser atormentado, y que la tema de todos era que habían de poner pleito á los diablos por el oficio, pues no sabían chasquear los azotes tan bien como ellos. Y lleguéme á unas bóvedas donde comencé á tiritar de frío y dar diente con diente, que me helaba. Pregunté, movido de la novedad de ver frío en el infierno, qué era aquello; y salió á responder un diablo zambo, con espolones y grietas, lleno de sabañones, y dijo: «Señor, este frío es de que en esta parte están recogidos los bufones, truhanes y juglares, chocarreros hombres por demás <sup>2</sup> y que sobran en el mundo, y que están aquí retirados, porque si anduvieran por el infierno sueltos, su frialdad es tanta, que templaría el dolor del fuego.» Pedíle licencia para llegar á verlos; diómela, y calofriado llegué y vi la más infame casilla del mundo, y una cosa que no habrá quien lo crea, que se atormentaban unos á otros con las gracias que habían dicho acá. Y entre los bufones vi muchos hombres honrados que yo había tenido por tales; pregunté la causa, y respondiome un diablo que eran aduladores, y que por esto eran bufones de entre cuero y car-

<sup>1</sup> Considera en *ánimas* el sentido de *hombres*.

<sup>2</sup> *Por demás* equivale á «en demasía, con exceso»; acepción que falta en el Diccionario académico. Usaba también *además*, véase pág. 148, nota.

ne <sup>1</sup>. Y repliqué yo, cómo se condenaban, y me respondieron. «Gente es que se viene acá sin avisar, á mesa puesta y á cama hecha como en su casa. Y en parte los queremos bien, porque ellos se son diablos para sí y para otros, y nos ahorran de trabajos, y se condenan á sí mismos; y por la mayor parte en vida los más ya andan con marca del infierno, porque el que no se deja arrancar los dientes por dinero, se deja matar hachas en las nalgas ó pelar las cejas; y así, cuando acá los atormentamos, muchos dellos después de las penas sólo echan menos las pagas».....

Y volviendo ví un hombre asentado en una silla á solas, sin fuego, ni hielo, ni demonio, ni pena alguna, dando las más desesperadas voces que oí en el infierno, llorando el propio corazón, haciéndose pedazos á golpes y á vuelcos. ¡Válgame Dios! dije en mi alma, ¿de qué se queja éste no atormentándole nadie? Y él cada punto doblaba sus alaridos y voces. «Díme, dije yo: ¿qué eres y de qué te quejas, si ninguno te molesta, si el fuego no te arde <sup>2</sup> ni el hielo te cerca?» — «¡Ay! dijo dando voces, que la mayor pena del infierno es la mía: ¿verdugos te parece que me faltan? ¡Triste de mí, que los más crueles están entregados á mi alma!

<sup>1</sup> «Entre cuero y carne, lo que no penetra, sino que es casi superficial» (Covarrubias).

<sup>2</sup> *Arder* en el sentido transitivo de *abrasar* fué harto frecuente en los tiempos clásicos, pero ya en el siglo pasado lo notaba de raro el Diccionario de Autoridades. En el Diccionario vulgar tuvo la marca de anticuado hasta la décima edición; en la undécima (1869) y duodécima (1884) está rehabilitado (Cuerpo Dicc.). El mismo Quevedo dice:

Icaro en senda de oro mal segura  
arde sus alas por morir glorioso.